

BIBLIOGRAFÍA

RESEÑAS

GELLNER, ERNEST, *Naciones y nacionalismo*. (estudio introductorio de John Breuilly, Madrid, Alianza, 2008). 260 pp.

Pocos temas tienen hoy más actualidad que el de los nacionalismos y, a la vez, pocos asuntos son tratados tan irreflexivamente como éste, sin una adecuada base conceptual. Se habla continuamente de los nacionalismos y se asumen ciertos presupuestos de entrada. Estos presupuestos son compartidos tanto por los nacionalistas como los contrarios al nacionalismo. En especial, está el presupuesto de que el nacionalismo arraiga en una pulsión ancestral del hombre, remite a lo más primitivo que hay en nosotros. Los partidarios del nacionalismo se apoyan en esto para decir que el nacionalismo responde a los impulsos más arraigados (y, por tanto, «auténticos») de las personas; los contrarios al nacionalismo, por el contrario, dirán que el nacionalismo es una pulsión primitiva que tiene que ser superada en el nombre de una humanidad mejor, más ilustrada, más racional y menos dominada por las oscuras fuerzas inconscientes. Tanto en uno como en otro caso, se le atribuye al nacionalismo el carácter de un hecho humano casi instintivo, estribando la diferencia en la valoración de esta pulsión, haciendo depender la discusión de cómo se valore el lugar de lo pulsional en el plano de lo político.

Este presupuesto sobre el nacionalismo permea la mayor parte de las discusiones que podemos escuchar en nuestro tiempo. Sin embargo, hace ya años que este presupuesto fue vigorosamente contestado, por lo que en nuestro tiempo debe-

ría tenerse en cuenta esta objeción, y no seguir planteando la tesis del carácter pulsional y originario del nacionalismo sin introducir una consideración de las objeciones a esta tesis. Esta objeción al carácter ancestral del nacionalismo fue planteada hace ya bastantes años por Ernest Gellner (1925-1995), profesor en la *London School of Economics and Political Science*, con un libro que ha sido reeditado por Alianza Editorial y que aquí reseñamos: *Naciones y nacionalismo*, publicado originalmente en 1983. Es precisamente el vigor que sigue manifestando este presupuesto de la naturalidad del nacionalismo el que hace muy oportuna su reedición.

La principal tesis de este libro ataca, precisamente, la idea de que el nacionalismo es una tendencia ancestral del hombre. Si por nacionalismo no se entiende un vago sentido de pertenencia, sino la tesis de que los individuos unidos por una lengua o cultura han de formar un Estado en el que los gobernantes han de ser ese grupo cultural o lingüístico, entonces Gellner sostiene que el nacionalismo no es en modo alguno una tendencia presente desde los albores de la historia. Al contrario, es un fruto de la modernidad y de las necesidades planteadas por las transformaciones sociales que ésta acarrea.

El cambio social clave es el paso de la sociedad agraria a la sociedad industrial. Las sociedades agrarias están caracterizadas por una división vertical y rígida entre dos grupos de personas: por un lado, los gobernantes y la clerecía intelectual que da apoyo conceptual a su dominio; por otro, el grueso del pueblo, que vive prin-

cialmente en el campo y de la agricultura. En estas sociedades preindustriales, las capas dirigentes (gobernantes y clerecía) tienen un carácter transnacional y se encuentran más vinculadas con personas de su mismo nivel de otros países que con otros que hablen su misma lengua o habiten su territorio. Por su parte, el grueso del pueblo se encuentra dividido en grupos pequeños y separados unos de otros, en unidades de producción en buena medida autónomas; estas comunidades pueden estar bajo gobiernos de personas que no hablan su idioma y pertenecer a unidades políticas que abarcan pueblos diferentes, sin que esto se perciba como ofensa. Por otro lado, estas poblaciones pueden hablar variedades dialectales de una lengua sin sentir la necesidad de unificarlas para tener una lengua común. Sencillamente, en el orden social premoderno la pertenencia a una colectividad lingüística o cultural no es un factor relevante en el orden político.

La situación cambia radicalmente con el advenimiento de la revolución industrial, que implica un cambio en los modos de producción que acarrea un profundo cambio social que acaba con la estructuración jerarquizada y estática de las sociedades agrarias. La producción industrial exige enrolar a amplias masas sociales cuyos miembros han de mostrar, además, una gran movilidad tanto geográfica como ocupacional. En estas nuevas circunstancias, no tiene ya sentido la división tradicional y, tras los cambios sociales más o menos traumáticos, nos encontramos con amplias colectividades que han de ser organizadas conforme a nuevos principios y que requieren una justificación conceptual a la proporcionada por la clerecía tradicional. Es en este momento cuando surge la necesidad de un elemento unificador de esta población y se encuentra éste en una cultura o una lengua compartida. Las grandes colectividades móviles exigidas por la producción industrial se organizan, de este modo, fomentando el senti-

do de pertenencia sobre la base de una lengua o cultura. El gran instrumento para esta labor es la educación generalizada, que forma en las personas en la idea de pertenecer a una determinada nación; la escuela sirve, asimismo, para hacer realidad la base del nacionalismo, pues es la encargada de enseñar una versión oficial de la lengua común por encima de los diferentes dialectos tradicionales; asimismo, se reelabora la lectura de la historia de manera que se vea la continuidad con la era preindustrial, como si la nación hubiera existido desde siempre.

Los movimientos nacionalistas que buscan la creación de un Estado propio, separándose de otro al que pertenecen, surgen cuando se asocia un grupo discriminado, económica o políticamente, a una característica lingüística o cultural compartida por ese grupo. La desigualdad en el acceso a las ventajas económicas, sociales y políticas de la industrialización lleva a que algunas personas de esas colectividades establezcan la meta de conformar un Estado sobre la base étnica o lingüística de su grupo. Si tienen éxito en su empresa, se forma un nuevo Estado nacional con su respectivo sistema educativo y su correlativa elaboración de una «historia nacional».

La tesis de Gellner es paradójica: frente a los partidarios del nacionalismo (y buena parte de los detractores), Gellner afirma que el nacionalismo es un fenómeno relativamente reciente; sin embargo, frente al posible uso que podrían hacer los detractores del nacionalismo del carácter construido del nacionalismo, Gellner aclara que se trata de una construcción necesaria, exigida por la transformación social de la modernidad. Por otro lado, el libro de Gellner mantiene una relación crítica con el marxismo, pues por un lado hace depender el nacionalismo de unos cambios sociales derivados de una transformación económica pero, por otro, rechaza que el nacionalismo sea una mera coartada ideológica para mantener unas

relaciones de dominación que serían las verdaderamente subyacentes. Al contrario, el nacionalismo es realmente una fuerza social efectiva y ha movilizadado a las personas y llevado a cambios efectivos en la estructura social y política.

La tesis de Gellner suscitó desde muy pronto una gran atención y no estuvo exenta de críticas. El estudio introductorio de John Breuilly se ocupa de relatar la recepción de las tesis de Gellner, así como la formación de las mismas antes de *Naciones y nacionalismo*. La tesis de que el nacionalismo no es nada ancestral o natural en el hombre ha sido lo suficientemente innovadora, y ha estado lo suficientemente bien argumentada, como para que Gellner se haya convertido en un clásico en la discusión académica sobre el nacionalismo. Sus tesis son cuestionables, y de hecho han sido cuestionadas; no obstante, es un autor imprescindible que ha de ser reivindicado en la discusión académica y, muy especialmente, en los debates públicos sobre el nacionalismo, como una eficaz conmoción de la supuesta evidencia del carácter esencial, ancestral y primitivo del nacionalismo que, como dijimos, es aceptada muy frecuentemente por partidarios y detractores. Sólo queda desear que esta obra imprescindible aparezca también en edición de bolsillo.—IVÁN ORTEGA.

BORGHESI, MASSIMO, *Secularización y nihilismo. Cristianismo y cultura contemporánea* (Madrid, Encuentro, 2007). ISBN 978-84-7490-869-5

Uno de los debates filosóficos más fecundos de la última década es el que analiza el «retorno de lo religioso» en una época que debía asistir más bien a su entierro definitivo. Vattimo, Derrida, Habermas, Rorty y, en el contexto español, Trías, son algunos de los pensadores que han prestado atención a este fenómeno y de forma original han ofrecido diferentes claves de interpretación del mismo. La aportación de Massimo Borghesi, profesor de

Filosofía Moral de la Universidad de Perugia, se inscribe en esta línea de trabajo. Su importancia es doble: por un lado, realiza un considerable esfuerzo de síntesis; y, por otro, reconduce críticamente el debate al problema que le preocupa: la delimitación conceptual de un espacio de diálogo actual entre cristianismo y cultura. El libro es una recopilación de doce artículos aparecidos en diversas revistas o en libros de múltiple autoría desde el año 1996, y que aquí se agrupan en tres secciones temáticas: nihilismo y redención, cristianismo y cultura, y distinguir para unir.

Una pregunta, suscitada por la idea del filósofo italiano G. Firolamo, según la cual, el desencanto y la desilusión del mundo tecnológico y secularizado hacia la religión se han revelado como un desencanto y una desilusión de carácter religioso, sirve de punto de arranque a los complejos análisis filosóficos de la sección titulada «Nihilismo y redención»: ¿qué ocurriría si se abriese paso una lectura de la modernidad que, en lugar de concebirse como una superación de lo religioso en la que la experiencia de lo sagrado aparece como residuo, es decir, como supervivencia de un modelo arcaico de experiencia, situara en el centro mismo del discurso una nueva forma de apropiación de lo sagrado y lo religioso? Desde esta perspectiva, la oposición moderna al cristianismo podría leerse como una oposición de tipo religioso que se haría tanto más patente cuanto más radicalmente pretendiese superar al cristianismo (tesis ésta que el autor asume de R. Guardini). La modernidad estaría animada, pues, por una fuerte tensión religiosa y soteriológica, y este planteamiento lleva a Borghesi a problematizar y cuestionar los modelos interpretativos de la categoría de «secularización» y a preguntarse si, más que una sociedad secularizada, la nuestra es una sociedad *postsecular* que ha atravesado la crisis de las grandes visiones del mundo de los dos últimos siglos. Naturalmente, como señalé antes, la finalidad de estos análisis es la